

Carla Fracci

Por Manuel Hidalgo



Carla Fracci La Sylphide, *Luciano Romano (1985)*



Carla Fracci

Es difícil escribir sobre una artista profundamente admirada cuando hace tan poco ya no está entre nosotros. Por otro lado, es bueno que las emociones por esta pérdida estén a flor de piel para pasarlas al papel.

Se puede repetir que Carla Fracci es un ícono, una leyenda, la última diva del ballet, una de las más grandes Giselles de la historia. Que hizo pareja memorable con Erik Bruhn, Rudolf Nureyev, Mikhail Baryshnikov, Vladimir Vasiliev, Paolo Bortoluzzi. Que fue estrella absoluta de La Scala, la Ópera de París, el Royal Ballet, el American Ballet Theater, el Ballet de Stuttgart. Que hizo únicas sus interpretaciones de Aurora en La Bella Durmiente, de Julieta, de Swanilda en Coppelia, de Cenicienta, de Odette-Odile. Que después de dejar de bailar estos ballets, continuó ofreciendo su gran Arte como la Reina Madre en El Lago de los Cisnes, la Ninfa en La Siesta de un Fauno y en otros papeles. Que Alicia Alonso, a la que la unió una bella amistad y una gran admiración, creó para ella *Desnuda Luz de Amor*, estrenada en La Habana. Mucho se ha escrito y se va a escribir sobre esto.

Prefiero abandonarme a la honda impresión que me causó verla en el Teatro García Lorca durante un Festival de Ballet de La Habana. En el firmamento de grandes artistas hay algunos que permanecen aún más alto, como rodeados de un raro halo de luz, que los mantiene en una clase aparte, donde realmente es imposible hablar de cuál es mejor que otro, ya que el estilo distintivo de cada uno es su sello de grandeza. Aun poseyendo una técnica depurada, ellos la hacen totalmente invisible, y una presencia la manifiesta de la esencia misma de la danza, donde querer encontrar un despliegue de giros, extensiones, saltos y equilibrios, es un pecado.

Y en esa esfera luminosa estaba esta bailarina italiana, aquella noche maravillosamente acompañada por su

elegante *partenaire*, el gran Paolo Bortoluzzi, en el Pas de Deux de “La Sífide y el Escocés”. Puede parecer producto del entusiasmo y la admiración el que se diga que una bailarina no tiene peso y que parece literalmente volar; pero lo que sí es cierto es que muy pocas han logrado ese grado de etereidad y ligereza que las muestra como seres del aire más que como criaturas atraídas a la tierra por la fuerza de gravedad. Y por primera y única vez en mi vida, después de admirar este hipnotizante efecto en la Alonso, pude ser testigo del milagro al ver desde las primeras filas de platea la Sífide de Carla Fracci, cuya imagen aún me viene a la memoria como una leve nube que apenas se posaba sobre el escenario.

Unos días más tarde volvimos a llenarnos de su Arte cuando fue Giselle, también junto a Bortoluzzi, en otra memorable interpretación de este ballet, sólo comparable con las más importantes que se hayan podido ver. También gran actriz, bordaba cada detalle, cada matiz de la interpretación, donde todo tenía un profundo significado dentro de un estilo único, que culminaba en el primer acto en una conmovedora “Escena de la Locura”. Como la wili del segundo acto, nuevamente esa presencia espectral, etérea, sublime.

Otro de aquellos días de noviembre, tuve el privilegio de conocerla personalmente. Estaba sentada en uno de los palcos del teatro, y el contraste entre su piel blanquísima, el negro de su vestido y el castaño oscuro de su largo cabello, evocaba la imagen en un camafeo de un siglo pasado. La que había sido maravillosa *Sífide* y excelsa *Giselle* me saludó tendiéndome la mano con una suave sonrisa en la mezcla de esa sencillez y elegancia natural propias de las grandes.

El mundo ha perdido a una inmensa artista; pero su luz y su legado permanecerán mientras haya un ser humano sensible en ese planeta.